

INSPIRACIÓN Y ANTÁRTICA



Dr. Marcelo Leppe Cartes
Director Nacional
Instituto Antártico Chileno

Hace un tiempo leí un artículo sobre, dónde yace la inspiración de los científicos. Encontrar la inspiración es una preocupación constante y una búsqueda no siempre exitosa. La premisa de inspirarse e inspirar a otros colisiona muchas veces con las reglas y convenciones de la ciencia moderna, por lo que, muchas veces, cuesta encontrar a la esquivo inspiración cuando se replica un experimento en laboratorio, cuando se busca -con escaso éxito- una ruta metabólica, o cuando se miden anualmente parámetros climáticos.

El problema puede estar en que los científicos asumimos que las emociones y la inspiración están estrechamente relacionadas y que el impulso que da el sentirse vivo debe ser suficiente para vencer el tedio, la rutina, el agotamiento o un momento de mediocridad.

Muchos científicos argumentan que lo que realmente los inspira es hacer ciencia para cambiar la vida de las personas: Un nuevo paradigma, la predicción de un fenómeno, el descubrimiento de una nueva fuente alimenticia, una revolucionaria tecnología verde, la cura para una enfermedad crónica...

aunque a veces ese propósito altruista no es tan obvio.

Sin embargo, hay un denominador común: un científico es un apasionado por sus preguntas y la manera metódica de buscar respuestas. En lo demás, no hay grandes diferencias con otras profesiones y lo que nos mueve, en la mayoría de los casos, es la búsqueda de la felicidad. Pero parte de esa felicidad está en responder preguntas solo para formularse nuevas. Una historia eterna.

Encontrar inspiración es, entonces, un tema relevante en ciencias. ¿Será tan difícil hacer ciencia en la última frontera en la Tierra: Antártica? Preguntas de alcance global, en un ambiente prístino y extremo, aislado y desafiante, con organismos extraños y un paisaje único. La mezcla perfecta.

Pero la realidad es que, además de estos estimulantes ingredientes, la Antártica es una prueba para el espíritu humano. Caminatas extenuantes buscando organismos o fenómenos que, por lo general, no se encuentran. En donde el frío dificulta respirar, parpadear

y no paras de llorar. Luego vienen los ataques virales a los labios, las alergias cutáneas por no poder bañarse, los dolores musculares por caminar en una superficie no tan común para la mayoría de los chilenos: la nieve. Y al final de la jornada, llegar al campamento a secar tu ropa, cargar las baterías, tener un escueto contacto con la base principal, comer un hipercalórico plato de alimento liofilizado, todo para tratar de conciliar el sueño, con frío y con una noche que, con suerte, será una penumbra de dos horas (el 90% de nuestras investigaciones antárticas se hace en verano).

Probablemente, la colecta de muestras sea la parte más glamorosa. Después viene una etapa de análisis que puede llegar a durar años, con resultados inciertos. No hay fórmulas perfectas para triunfar en ciencia. El éxito es, en ocasiones, lo que corona años de rutinario trabajo, o bien resultado de la lógica de cerebros privilegiados o producto de pura y simple casualidad o todas las anteriores.

Más allá de lo sombrío que puede parecer hacer ciencia en la Antártica, tenemos una muy alta tasa de retorno. La mayoría de los científicos que fueron al Continente Blanco, vuelven a postular a recursos para visitarlo otra vez y hacer investigación científica. Muchos dejan sus familias y vacaciones de verano por ir a esta última frontera.

Es más, la Antártica se ha transformado en la región donde, proporcionalmente, más mujeres lideran proyectos científicos (43% de los proyectos científicos antárticos chilenos, versus el 31% de los proyectos científicos financiados por Conicyt tienen a mujeres como investigadoras principales) y donde año tras año más jóvenes de enseñanza media postulan a ser parte de la Feria Antártica Escolar, el principal encuentro científico juvenil polar del país.

La inspiración de trabajar en la Antártica supera con creces a las limitaciones que el medio, nuestras capacidades físicas y nuestras barreras mentales nos imponen. Estoy convencido de que la inspiración para hacer ciencia en la Antártica es contagiosa, como el virus de la gripe, con la diferencia de que no se pasa, no hay cura y solo existen remedios temporales: volver año a año a dormir en una carpa, pasar frío, aislamiento y cansancio extremo... y sentirse parte de algo trascendente.